

El cucú
al final del
bosque

El cucú al final del bosque
© Mariela K. Jara Rosales
© Loba Ediciones®

Badajoz 100, oficina 523
Las Condes, Santiago de Chile.
Teléfono: (56 2)23681830

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela.
Ilustración de portada: Nataschia Navarro, Topopanda.

ISBN: 978-956-7388-27-1
Registro de propiedad intelectual: 2024-A-9713
Primera edición: 2024
Impresión: Donnebaum S.A
Impreso en Chile/ Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

MARIELA K. JARA ROSALES

El cucú al final del bosque



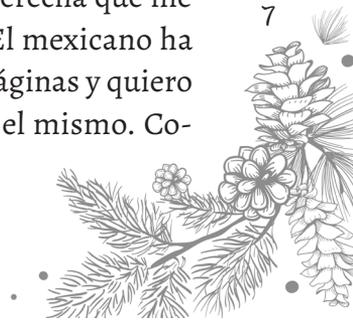
Relato inicial: al borde de la página

Miro a mi alrededor a medida que va terminando el análisis de la novela. El estudiante mexicano que está de intercambio ha elegido *El cucú al final del bosque*, obra galardonada con el Premio Nacional. Yo terminé la novela anoche y por lo mismo sigue fresca en mi cabeza. Por eso, cuando comienza a resumir el final, me sorprende. No es ni parecido a lo que recuerdo, aunque los personajes son los mismos: Amelia, Juan, Bruno... Pero sólo eso.

Mi primera idea es que el mexicano no leyó la novela y que en su lugar buscó algún resumen en internet. Un resumen mal hecho, o era simplemente una broma. «Pobre mexicano», pienso, esperando que la profesora lo detenga para hacerle ver su error. Pero no lo hace. Por el contrario, está muy atenta a sus palabras y cada cierto rato asiente complacida por sus observaciones sobre la obra. Miro a mi alrededor y compruebo que todos parecen completamente de acuerdo con el mexicano. Todos menos yo.

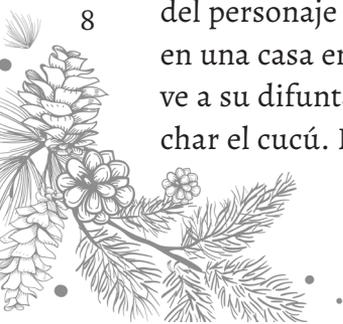
¿Acaso leí otra novela? Miro mi ejemplar comparándolo con los que mis compañeros tienen sobre sus mesas. Son iguales. No hay error. Sin embargo, algo anda mal...

Con un gesto, le pido a la compañera de mi derecha que me preste su libro y ella no duda en acercármelo. El mexicano ha comenzado a leer un fragmento de las últimas páginas y quiero comprobar que ambos libros son exactamente el mismo. Co-

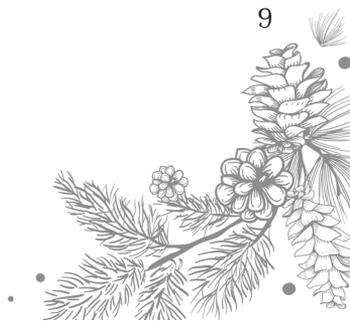


mienzo a pensar que mi ejemplar está mal compaginado o que quizás alguien reemplazó las páginas del final para hacer una broma al pobre iluso que lo comprara. Una broma brillante, si vale decirlo, porque el último capítulo con el barco que se hunde y el amigo del poeta tragándose las hojas de su cuaderno con desesperación es realmente hermoso. Esa metáfora de la pérdida y la existencia que no deja nada claro, pero que expresa la fragilidad de la realidad, me conmovió profundamente: «¿Cómo le hace para sobrevivir?, me pregunta Bruno sin dejar de mirar cómo mi mano se mueve sobre el papel». Busco la página donde lee el mexicano y comparo la lectura con ambos libros: «Toma el cuaderno del escritor, le explico sin dejar de escribir, y le saca las hojas, una por una. ¿Y?, me apremia mi amigo. Se las come, le digo, haciendo la mímica, cada una de las hojas. ¿Por qué se las come?, me pregunta Bruno y me parece que está realmente interesado en mi respuesta. Me acabo de inventar ese final y me siento mal de no poder responderle. Me encojo de hombros. ¿Y qué escribió el poeta en las hojas que se comió el sobreviviente?, me pregunta sin ocultar su desilusión. No sé, respondo mirando desanimado mi libreta, el sobreviviente no las leyó antes de comerse las, así que no sé». Cada palabra es idéntica. Pero el libro del mexicano no termina ahí como el mío. Y la copia que me ha prestado mi compañera tiene casi cien hojas en blanco después de eso. Es como si fueran tres libros distintos.

El mexicano vuelve a hablar sobre la sobrevivencia azarosa del personaje creado por Juan en la novela. Y luego lee el último sueño del personaje (del que yo no tengo memoria) que se encuentra en una casa en la que el tiempo se desfasa entre habitaciones y ve a su difunta novia, Amelia, internarse en el bosque al escuchar el cucú. Habla sobre los intersticios de la realidad que en



la novela se configuran entre la narración subjetiva de Juan, sus sueños, los cuentos que escribe y el diario de la difunta Amelia. Esta realidad conformada por distintos niveles, donde ninguno es realmente la realidad. «Ni siquiera este nivel donde nos encontramos nosotros», dice el mexicano y me mira directamente. Entonces me doy cuenta de que soy yo quien no ha entendido. Soy yo quien ha entendido mal todo el tiempo. O dicho de otro modo, no tenía por qué entender. No era parte de mi rol dentro de este engranaje de la realidad de la obra. No era mi trabajo ser más que el personaje que descubre confundido que sólo forma parte de un nivel de comprensión que termina con aquella mirada del mexicano. Juan girará en cualquier momento la página de su libreta y se olvidará de mí. Me quedo esperando al borde de la página, mientras continúa hablando con Bruno sobre sus ideas y se pregunta y sufre por la pérdida de Amelia. Algún día ellos también serán dejados atrás. Sólo hace falta que alguien más dé vuelta la última página.



Capítulo 1

—Anoche tuve un sueño extraño —dije, enfocando con mi cámara digital las profundidades del bosque.

Ella estaba acostada sobre mi poncho extendido. Cubierta por las agujas de los pinos. Ni siquiera se movió cuando me escuchó. Por su respiración yo supe que me oía.

—No es extraño por el lugar o por los personajes que vi ahí. No ocurría nada fantástico como suele ocurrir en los sueños. El sueño era extraño por su realidad. Por una extraña consciencia. La consciencia de estar durmiendo. Pensar «estoy soñando». Sí, estaba soñando y lo sabía. Y quería despertar y no podía. Tenía los ojos cerrados con la falsa sensación de tenerlos abiertos. Abiertos hacia adentro —especifiqué, desviando la atención de mi objetivo para mirarla escucharme—. Tanto intenté abrirlos sin poder hacerlo que pensé que tendría que vivir en el sueño.

Ella soltó una risita.

—¡Qué bonito! —dijo y cuando lo dijo sonó bonito—. Hacer otra vida dentro del sueño.

—Tuve esa extraña certeza y lo hice.

—¿Te quedaste en el sueño? —dijo, sentándose para mirarme apuntarle con la cámara.

—Sí —dije, haciendo clic—. Viví dentro del sueño. Durante un tiempo indefinido, porque el tiempo en realidad no existe. Y sentí temor. Tuve miedo de quedarme ahí y me sentí estúpido



por ese miedo. ¿Miedo de quedarme dentro de un sueño? Volver a despertar debería asustarme más.

—Claro que debería asustarte más —dijo mientras la miraba a través de la pantallita digital de mi cámara barata—. ¿Te quedaste a vivir en el sueño o despertaste?

Me quedé pensando en lo rara que era su pregunta. Le dije que para ese punto del sueño ya no tenía miedo de no despertar y que me desperté, pero que en realidad no tenía cómo saberlo. «Quizás sigo ahí», dije como respuesta final, «quizás».

